

FRENTE A LA INCERTIDUMBRE, ANIMARSE A CONSTRUIR EL PARTIDO DEL ORDEN

Por Mario Toer

En ocasión de unas jornadas que se hicieron hace algunos años en Córdoba, con Federico Montero hicimos un esbozo que nos pareció pertinente para pensar nuestro tiempo. Concebimos “épocas”, que tenían suficientes rasgos en común como para diferenciarse entre sí y contribuir a explicar los rasgos conceptuales con los que se pensaban cada uno de esos tiempos en particular. Partimos de la obra de Marx, del Manifiesto Comunista en adelante, mediados del siglo XIX, y a partir de esos acontecimientos, ver cuánto permanece y cuánto ha ido variando de forma sistemática a lo largo de estos períodos. Por cierto, en la historia de América Latina encontrábamos asociaciones diferentes, específicas de nuestra región.

Destacamos que hubo un tiempo, el de la plenitud de la afirmación del capitalismo, que es precisamente el tiempo en que Marx y Engels escriben sus obras culminantes, que es el tiempo en el que convocan a la conformación de la primera y segunda internacional, ateniéndose a la demanda de esos tiempos. Es decir, era dable concebir que la maduración del capitalismo podía permitir que, desde su propio centro, los productores directos pudieran alcanzar fuerza y capacidad suficiente para reorientar el proceso de desarrollo de las fuerzas productivas en función ya no de la producción de bienes concebidos como mercancías sino en función de las necesidades existentes. Ese tiempo permitía que de manera extendida emergiese esta apreciación como un horizonte posible, y estaba presente en el pensamiento de quienes conformaban la primera y la segunda internacional. Tan es así que tiñó el debate sobre qué hacer con las mayorías, en notable ascenso. No se discutía si esa mayoría iba a constituirse. Ese era un dato compartido. El problema era qué hacer con esa mayoría. La polémica entre Bernstein y Kautsky era justamente esa: qué hacer. Hacemos pesar a esa mayoría para que haya un proceso pausado y armonioso de cambio o tiene que haber un antes y un después, un límite con lo que queda atrás. Reforma o revolución. Esto marca el debate de fines del siglo XIX y principios del XX, es un patrimonio del pensamiento de esa época y donde se impone la tesis revolucionaria.

El mundo después cambia y fue un cambio muy notable. Fue el pasaje a la época del imperialismo. Que después Lenin teorizó. El proceso de acumulación ya no es lo primordial, al interior de cada uno de los países centrales, que llevaba al enfrentamientos burguesía-proletariado en su propio lugar de origen, sino que lo principal de la apropiación provenía de lo que se traía de afuera, y eso alteraba la forma

en cómo se enfrentaban las clases entre sí y alteraba como se relacionaban los países y las clases al interior de los países que se iban incorporando a una periferia de nuevo tipo, definida por la expansión imperialista. Hay un montón de fenómenos -guerra, Revolución Rusa, debates como el de Tortskey y Lenin sobre el carácter de la Revolución Rusa, si tenía que haber alianzas o no, como se constituía un bloque histórico, etcétera, que luego lo retomará Gramsci para plantear qué hay que unir todo lo que se pueda unir- que de alguna manera re definen, no el modo de producir, pero si el modo de apropiación de lo producido y por lo tanto, eso define a las clases y los conflictos entre las clases. Entonces, cómo no detenerse en ver los instrumentos teóricos que se desarrollaron en ese tiempo. Fue el tiempo de la Revolución Rusa, el tiempo en el que se define la tercera internacional.

Es importante ver que, al mismo tiempo que está lo nuevo, hay cosas que permanecen de la manera clásica en que se enfrentaban burguesía y proletariado en el período anterior.

Creemos que es posible pensar en 5 épocas, ya señalamos las dos primeras, luego vendrá la época que está asociada a la crisis del 30, la emergencia de los fascismos en los países centrales. Vendrá después la época de la segunda guerra y a posteriori las luchas que se fueron agregando en la periferia, en lo que se consideró como el *tercer mundo*, que incluso llevó a pensar que la periferia podía rodear al centro y hacerlo implosionar. La consigna de Guevara: “dos, tres, muchos Vietnam” era la síntesis de esa idea, que no era un delirio, era la audacia revolucionaria de sobreponer ciertos rasgos existentes, ya que Vietnam estaba derrotando a Estados Unidos en esa periferia ¿por qué no imaginar que ese retroceso podría ser el comienzo de otra cosa? Es cierto que se pueden simplificar muchas cosas desde el ímpetu en pos de la Revolución.

Insisto que los modos de producción no cambian, cambia la manera en como los protagonistas se alinean y los perciben, por lo tanto, las contradicciones se constituyen y los conflictos políticos aparecen, así como las lógicas de pensar y construir un discurso cambian.

La actual etapa muestra que ese centro no pudo ser cercado por la periferia, no implosionó sino que al contrario, se abrió camino, impuso sus condiciones. Aquí emergen Thatcher y Reagan como las figuras emblemáticas de esa contraofensiva del centro y la crisis de la Unión Soviética y su posterior implosión como resultante más saliente de lo que define el nuevo tiempo y la nueva índole de los conflictos.

Nosotros, muchas veces decimos que carecemos de instrumental teórico para pensar la revolución como idea general, no es fácil armar una red de conceptos que den cuenta de semejante tarea, más aún cuando hay una demora en descubrir la índole del tiempo en el que uno está viviendo. Hay una serie de rémoras, asociaciones y aspectos que se recuperan y otros que se arrastran de épocas que ya fueron. Suelo señalar que las revoluciones son como cometas que convocan, pero al mismo tiempo encandilan, en el sentido de que dificultan que cada uno piense su propia realidad, entonces, esa convocatoria poderosa e importante lleva a que muchas de las tareas, de los modos de concebir los tiempos que quedaron atrás, persistan, a pesar de su extemporaneidad. Se requiere todo un modo de elaboración, para determinar porqué hay en nuestro tiempo consignas que se hacen eco del pasado.

Estamos viviendo un nuevo tiempo. Ya no es el *tercer mundo* contra el primer mundo como en la época que pasó, ni el antiimperialismo como consigna excluyente. Ahora empezamos a darle énfasis a que la asociación entre los interesados en un cambio en la periferia y los interesados en un cambio en el primer mundo, tienen que reencontrarse. Los términos en que se concibieron las internacionales vuelve a tener una razón de ser. El tema es ¿con quién y para qué? La instalación en los tiempos actuales de ese 1% como referencia planetaria de quienes se apropian y toman decisiones con los recursos del 99%. Están en el centro pero también entre nosotros.

Este tiempo de reacomodamiento de lo que fue la URSS; la visión de China de marchar hacia el socialismo recuperando la lógica de la NEP de Lenin retomada por Deng Xiaoping: colinas como fortalezas y planicies donde la iniciativa del mercado es lo que rige; y una nueva periferia definida por una penetración y asociación con complejidades en el plano del mercado internacional y las propias estructuras de las clases. En ese contexto aparecieron posturas novedosas e importantes: primero que todo, la periferia en América Latina intentó construir un bloque. Los quince años del inicio de este siglo fue el intento de construir un bloque aunque sin los recursos y las herramientas suficientes como para que alcance autonomía, y hoy atravesada por conflictos producto de la contraofensiva de los bloques dominantes. Pero con la característica de que no han hecho declinar ni desmembrar a los protagonistas de las experiencias previas que buscan recomponerse y mantienen su presencia. De ahí la figura de *empates* que da cuenta de esta presencia y continuidad de los conflictos.

Al mismo tiempo algunas situaciones singulares. Podemos en España, donde algunos de sus principales protagonistas y fundadores se formaron en América Latina, Íñigo Errejón en Bolivia, Monedero en Venezuela, son protagonistas e incluso debaten entre sí sobre como esa fuerza puede agruparse y gravitar. También la emergencia en el seno de los dos grandes imperios de los últimos siglos, de fuerzas y expresiones que empiezan a tener un discurso que no es meramente producir reformas y hacer beneficencia con los más necesitados, sino que se adentran en buscar cuales son las causas que han provocado y siguen produciendo las diferencias. Es la emergencia de Jeremy Corbyn en Inglaterra y Bernie Sanders en los Estados Unidos. En los principales lugares del imperio hay un discurso que se asocia con el nuestro, detectando ese enemigo que es el 1%. La presencia está, lo que no están son los hábitos de compartir, falta cierta organicidad e intercambio como lo hubo en las internacionales porque estos procesos se tienen que retroalimentar más allá de las fronteras, en términos del plan de lo político, no solamente como mero registro informativo. El plan de lo político tiene que trascender las fronteras, no es solo regional ni solo de la periferia. También emergen fuerzas retardatarias que a veces se apropian de reclamos que las izquierdas no pudieron atender, la más de las veces, por su retracción a la órbita de su propio país, de su propio ámbito.

Por último, tenemos a Brasil que es una clara manifestación de un país que procesó el último tramo de la política sólo y casi exclusivamente por lo que pasaba dentro de Brasil. Con Lula preso y el triunfo de Bolsonaro el resto de América Latina y del mundo se mantuvo distante. Es la manifestación de la pobreza de los vínculos y lazos no sólo al interior de la región sino también de la región con el mundo. Hoy tenemos que convertir a Lula en un nuevo Mandela. Atravesando las fronteras.

Y de otra parte, el triunfo de López Obrador en México, como obstinándose a mantener el empate, con los dos mayores países de la región en bandos opuestos. Todo lleva a pensar que los tiempos que vendrán serán arduos. Nadie la tiene sencilla. Quienes levantan los estandartes del neoliberalismo perciben que no han inventado nada nuevo. Que el descrédito reaparece. Y amenazan con la furia, como otras veces. De ambas partes existen despliegues y capacidad para gravitar. De nuestra parte nos urge salir del aislamiento. Sabemos que somos lo nuevo y no debemos distanciarnos un centímetro de los reclamos de las mayorías. Tenemos que asumirnos como el partido del orden. El único posible. El que tiene que venir. El que construya la certidumbre que hoy está ausente.